

E. M. Cioran

# Adiós a la filosofía y otros textos

Prólogo, traducción y selección  
de Fernando Savater



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: [Extractos de] *Précis de décomposition*,  
*La tentation d'exister* y *Le mauvais démiurge*

Primera edición: 1980  
Tercera edición: 2016  
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, la traducción y la selección: Fernando Savater

© *Précis de décomposition*: Editions Gallimard, París, 1949

© *La tentation d'exister*: Editions Gallimard, París, 1956

© *Le mauvais démiurge*: Editions Gallimard, París, 1969

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-485-7

Depósito legal: M. 25.870-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 E. M. Cioran: El alma alerta, por Fernando Savater
- Adiós a la filosofía y otros textos
- 17 Genealogía del fanatismo
- 21 Variaciones sobre la muerte
- 25 La soberbia inutilidad
- 27 Los ángeles reaccionarios
- 30 Sobre una civilización exhausta
- 44 Pequeña teoría del destino
- 54 Carta sobre algunas aporías
- 108 San Pablo
- 114 Gogol
- 119 La tentación de existir
- 139 Adiós a la filosofía
- 142 El «perro celestial»
- 145 Triple aporía
- 146 La mentira inmanente
- 147 Rostros de la decadencia
- 149 Los nuevos dioses
- 177 España
- 178 Teología
- 179 El arquitecto de las cavernas
- 180 El decorado del saber
- 186 Sobre un empresario de ideas
- 188 Fisonomía de un fracaso
- 189 *Quosque eadem?*



## E. M. Cioran: El alma alerta

*En un instante pasaremos por el umbral del mundo a una región... llámala como queráis: negación del lenguaje, desierto, muerte, o quizá más simple: el silencio del amor.*

Vladimir Nabokov

«Despierte el alma dormida...» Pero no es tarea fácil hacerla despertar. Acurrucada entre acolchados cobertores de dogmas, de consignas, de explicaciones, drogada de noticias y de ese otro beleño, la esperanza, amodorrada de ciencia, convicta y confesa, pobrecita mía... ¡con qué escalofrío saca la punta del pie de su embozo para calibrar la temperatura glacial que reina allí donde la coherencia acaba y los razonamientos más razonables comienzan a enarbolar una sonrisilla demente! Vuelve a tu sopor, pobre alma mía: tiritita y sueña, bien arropada, hasta que lo irremediable venga a buscarte. Sueña que tienes un inconquistable alcázar de certezas, un plano digno de confianza de las selvas y pantanos que te rodean, guardianes fieles que rechazarán los asaltos de la duda, capitanes de ojos fieros y proyectos claros, abades capaces de encontrar la huella estoica de la Ley hasta en tu entraña más brumosa, alegres compañeros de banquete

y una dama de impúdico pudor que alegrará la soledad de tu cama...; no eres ilusa, nadie debería serlo ya, sino ilustrada; conoces los decretos de la necesidad y los acatas con aparente fastidio y secreta complacencia; estás segura de tus límites y, lejos de los arrebatos adolescentes, has aprendido a estimar las sosegadas aventuras del orden, el medro moderado, la progresión tranquila hacia una armonía social más auténtica... Con pólizas de resignación y cordura te veo estampillada, alma mía. Y bien pudiera ser que tuvieras nebulosa y blanda suerte hasta el final: quizá mueras antes de despertar. Ojalá no te acometa la vigilia, mi apocado fantasma. Que el destino te guarde del vendaval de la lucidez, del vértigo de la ausencia de locura, del desfondamiento, de las imponentes olas del mar de acíbar... Aunque sólo te llegases a despertar un instante, jamás olvidarías la visión de fuego que iba a zarandear fulminantemente tu discreto reposo; la *recaída* siempre estaría ya cerca de ti y tu voz nunca recobraría el tono de firmeza con que sueles decir: «Yo creo...».

Pero hay también almas, raras y terribles, que tienen *propensión* a la lucidez. Algún hada irónica o adversa dejó ese don negro en su cuna, y ellas despiertan al menor choque de la vida, al más pequeño indicio de fisura en la solidez estatuida... Se convertirán así en centinelas insomnes de fracasos que todo pretende hacer olvidar, en sarcásticos pregoneros de bancarrotas *fundamentales*. Tal es el caso de E. M. Cioran, visionario a fuerza de desengaño al que la pasión de ver despejadamente ha quemado los ojos: un alma alerta, fascinada por la desfascinación. La voz con que susurra, insinúa y aúlla la inacabable

modulación de su mensaje está enriquecida por todos los registros que presta la maestría literaria, del sollozo a la risotada. Cioran es un exilado obsesionado por el Exilio, un escéptico poseído por el Escepticismo, un frenético del Desapego; mezcla en su sangre perturbada la nostalgia pagana por los Dioses Muertos y la repulsión gnóstica por el Aciago Demiurgo que ha caído en la tentación de *crear*; la ilusión de poder pasarse de todas las ilusiones le atormenta, el vicio de negarse a toda complicidad con el revestimiento afirmativo del mundo, con la acumulación de fanatismos minúsculos merced a la cual podemos arrastrarnos de un día a otro... Pero también advierte que no deja de ser un obseso, un frenético, un alucinado de un género particular: quizá la droga a la que se entrega es incluso más embriagadora que ninguna otra. Cioran tampoco se hace ilusiones sobre su propia desilusión, cuya función psíquica no puede ser distinta de la de cualquier otro vértigo improbable. Buen lector de Pascal, no olvida que «la locura es algo tan inexcusable a la condición humana, que incluso no estar loco es una forma de estarlo también». De aquí la ferocidad tétrica y jubilosa de su humorismo, como también su resignación, difícilmente conseguida y conservada, que desemboca en una especie de serenidad *trepidante*.

Una foto reciente muestra a Cioran, Mircea Eliade y Eugène Ionesco en un bulevar parisino. Sólo falta Paul Celan (que, por cierto, tradujo algún libro de Cioran al alemán) para completar la nómina de creadores rumanos que han ejercido, desde París y desde la lengua francesa, la más profunda influencia en lo mejor de la cultura occidental contemporánea. De todos ellos, quizá haya

sido Cioran el que ha alcanzado más tarde el reconocimiento de la radical conmoción que su obra aporta a nuestro equipaje intelectual; me refiero, naturalmente, al reconocimiento más extenso y público, pues el individual se lo habían otorgado ya personalidades tan indiscutibles como Saint-John Perse, Gabriel Marcel, Henri Michaux, Samuel Beckett, Roger Caillois, Octavio Paz, Susan Sontag, etc... Desde hace exactamente treinta años –su primer libro, *Précis de décomposition*, es de 1949 y el último acaba de aparecer hace pocos días, bajo el título de *Ecartèlement*–, Cioran administra su periódica dosis de veneno o, mejor, de emético, a una cultura atiborrada por espejismos fabricados en serie. No es una obra copiosa: en treinta años, ocho libros, o nueve, si queremos contar la *plaquette* «*Valéry facé á ses idoles*», que le editó los *Cahiers de l'Herne*. Pero imagínense la proeza: en seis lustros, un escritor de París (¡y de *chez Gallimard!*) no ha inventado ninguna nueva doctrina, no ha patrocinado ningún movimiento intelectual revulsivo, no ha acuñado ninguna terminología o jerga característica, no ha traído ninguna buena nueva a competir con las ya existentes, no ha salido ni entrado media docena de veces en significativos partidos o iglesias, aureolado de sonadas polémicas, no ha tomado postura sobre los acontecimientos del día, no ha firmado manifiestos ni cartas de enérgica repulsa, no ha estado de moda, no ha pasado de moda, no ha sido condecorado ni ha desayunado con Giscard, no ha dado conferencias ni ha sido invitado por ninguna universidad extranjera a explicar sus puntos de vista... y, sin embargo, no ha dejado de *pensar*, en el sentido más enérgico del término, y de escribir lo

que pensaba, y ha ayudado –por vía negativa– a pensar a muchos, y es sin duda uno de los maestros actuales de la prosa francesa; y, poco a poco, subversivamente (un tipo de subversión que subvierte hasta a los subversivos del día), el ácido suntuoso de su estilo se va abriendo camino por entre los estupefacientes al uso. Es como para palidecer de la más *sincera* envidia, pues se envidia aquí lo que *es* y no lo que *representa*; y es también como para morir de risa, como para romper los escaparates multicolores a carcajadas más diogénicas que homéricas...

La mayoría de las antologías de un autor suelen iniciarse con una palinodia en la que se deploran las mutilaciones que la selección ha impuesto en la obra profusa del antologizado y se asegura modestamente que quien desee conocerle *de verdad* debe acudir a la lectura de la obra completa. Por mi parte, evidentemente, recomiendo al lector la lectura de todos los libros de Cioran e incluso me permito profetizar que, si se contagia a fondo de su pensamiento, sufrirá un cruel síndrome de abstinencia cuando le falten sus páginas; pero en lo tocante a conocer su pensamiento, no me cabe duda de que en esta antología está *todo* él, completo y verdadero, no una simple muestra. Tal es la diferencia entre los «empresarios de ideas» (véase el texto de ese título al final de esta selección, dedicado obviamente a Sartre hace varias décadas y reimpresso de nuevo en el número de *Obliques* dedicado al autor de *La náusea*) y este «entrepreneur de démolitions», por calificarle con el autobautismo de León Bloy. La lucidez no tiene la obligación imperiosa de la variedad compulsiva: no *salta* de lo uno a lo otro, sino que *abonda* en lo que los demás pretenden olvidar.

Los textos aquí escogidos dan cuenta de todas las obsesiones de Cioran: el destino de los pueblos, la decadencia, el fanatismo, el final del politeísmo pagano, la mística, la compleja maldición de la literatura, el suicidio, la imposibilidad necesaria de la filosofía, los terrores majestuosos de la teología, las amenazas triviales de la carne... En su último libro, dice Cioran: «Según Hesiodo, los dioses han ocultado a los hombres las fuentes de la vida. ¿Hicieron bien o mal? Lo cierto es que los mortales no habrían tenido el coraje de continuar tras semejante revelación». Hacia esas fuentes ocultas de la vida bucea el pensamiento de Cioran, abriéndose paso entre ficciones dormitivas. Y, sin embargo, el clamor de su alma alerta no *desanima* más que a quienes no merecen ánimo, a los desalmados; pues la verdadera fuerza se regenera y templea en la llama trágica.

Fernando Savater

Madrid, 30 de octubre de 1979

Los textos de esta antología provienen de *Breviario de podredumbre* (ref. BP), *La tentación de existir* (ref. TE) y *El aciago demiurgo* (ref. AD).

# Adiós a la filosofía y otros textos



## Genealogía del fanatismo

En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo, pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas.

Idólatras por instinto, convertimos en incondicionados los objetos de nuestros sueños y de nuestros intereses. La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable. Incluso cuando se aleja de la religión, el hombre permanece sujeto a ella; agotándose en forjar simulacros de dioses, los adopta después febrilmente: su necesidad de ficción, de mitología, triunfa sobre la evidencia y el ridículo. Su ca-

pacidad de adorar es responsable de todos sus crímenes: el que ama indebidamente a un dios obliga a los otros a amarlo, en espera de exterminarlos si rehúsan. No hay intolerancia, intransigencia ideológica o proselitismo que no revelen el fondo bestial del entusiasmo. Que pierda el hombre su *facultad de indiferencia*: se convierte en asesino virtual; que transforme su idea en dios: las consecuencias son incalculables. No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza son parientes de los de la Inquisición o la Reforma. Las épocas de fervor sobresalen en hazañas sanguinarias: Santa Teresa no podía por menos de ser contemporánea de los autos de fe y Lutero de la matanza de los campesinos. En las crisis místicas, los gemidos de las víctimas son paralelos a los gemidos del éxtasis... Patíbulo, calabozos y mazmorras no prosperan más que a la sombra de una fe, de esa necesidad de creer que ha infestado el espíritu para siempre. El diablo palidece junto a quien *dispone* de una verdad, de *su* verdad. Somos injustos con los Nerones o los Tiberios: ellos no inventaron el concepto de *herético*: no fueron sino soñadores degenerados que se divertían con las matanzas. Los verdaderos criminales son los que establecen una ortodoxia sobre el plano religioso o político, los que distinguen entre el fiel y el cismático.

En cuanto rehusamos admitir el carácter intercambiable de las ideas, la sangre corre... Bajo las resoluciones firmes se yergue un puñal; los ojos llameantes presagian el crimen. Jamás el espíritu dubitativo, aquejado del hamletismo, fue pernicioso: el principio del mal reside

en la tensión de la voluntad, en la ineptitud para el quietismo, en la megalomanía prometeica de una raza que revienta de ideal, que estalla bajo sus convicciones y la cual, por haberse complacido en despreciar la duda y la pereza –vicios más nobles que todas sus virtudes–, se ha internado en una vía de perdición, en la historia, en esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis... Las certezas abundan en ella: suprimidlas y suprimiréis sobre todo sus consecuencias: reconstituiréis el paraíso. ¿Qué es la Caída sino la búsqueda de una verdad y la certeza de haberla encontrado, la pasión por un dogma, el establecimiento de un dogma? De ello resulta el fanatismo –tara capital que da al hombre el gusto por la eficacia, por la profecía y el terror–, lepra lírica que contamina las almas, las somete, las tritura o las exalta... No escapan más que los escépticos (o los perezosos y los estetas), porque no *proponen* nada, porque –verdaderos bienhechores de la humanidad– destruyen los prejuicios y analizan el delirio. Me siento más *seguro* junto a un Pirrón que junto a un San Pablo, por la razón de que una sabiduría de humoradas es más dulce que una santidad desenfrenada. En un espíritu ardiente encontramos la bestia de presa disfrazada; no podríamos defendernos demasiado de las garras de un profeta... En cuanto eleve la voz, sea en nombre del cielo, de la ciudad o de otros pretextos, alejaos de él: sátiro de vuestra soledad, no os perdona el vivir *más acá* de sus verdades y sus arrebatos; quiere haceros compartir su histeria, su bien, imponérosela y desfiguraros. Un ser poseído por una creencia y que no buscarse comunicársela a otros es un fenómeno extraño a la tierra, donde la obsesión de la salvación

vuelve la vida irrespirable. Mirad en torno a vosotros: Por todas partes larvas que predicán; cada institución traduce una misión; los ayuntamientos tienen su absoluto como los templos; la administración, con sus reglamentos: metafísica para uso de monos... Todos se esfuerzan por remediar la vida de todos: aspiran a ello hasta los mendigos, incluso los incurables; las aceras del mundo y los hospitales rebosan de reformadores. El ansia de llegar a ser fuente de *sucesos* actúa sobre cada uno como un desorden mental o una maldición elegida. La sociedad es un infierno de salvadores. Lo que buscaba Diógenes con su linterna era un *indiferente*...

Me basta escuchar a alguien hablar sinceramente de ideal, de porvenir, de filosofía, escucharle decir «nosotros» con una inflexión de seguridad, invocar a los «otros» y sentirse su intérprete, para que le considere mi enemigo. Veo en él un tirano fallido, casi un verdugo, tan odioso como los tiranos y los verdugos de gran clase. Es que toda fe ejerce una forma de terror, tanto más temible cuanto que los «puros» son sus agentes. Se sospecha de los ladinos, de los bribones, de los tramposos; sin embargo, no sabríamos imputarles ninguna de las grandes convulsiones de la historia; no creyendo en nada, no hurtan vuestros corazones, ni vuestros pensamientos más íntimos; os abandonan a vuestra molicie, a vuestra desesperación o a vuestra inutilidad; la humanidad les debe los pocos momentos de prosperidad que ha conocido; son ellos los que salvan a los pueblos que los fanáticos torturan y los «idealistas» arruinan. Sin doctrinas, no tienen más que caprichos e intereses, vicios acomodaticios, mil veces más soportables que el despotismo de los princi-

pios; porque todos los males de la vida vienen de una «concepción de la vida». Un hombre político cumplido debería profundizar en los sofistas antiguos y tomar lecciones de canto; y de corrupción...

El fanático es incorruptible: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo. No hay seres más peligrosos que los que han sufrido por una creencia: los grandes perseguidores se reclutan entre los mártires a los que no se les ha cortado la cabeza. Lejos de disminuir el apetito de poder, el sufrimiento lo exaspera; por eso el espíritu se siente más a gusto en la sociedad de un fanfarrón que en la de un mártir; y nada le repugna tanto como ese espectáculo donde se muere por una idea... Harto de lo sublime y de carnicerías, sueña con un aburrimiento provinciano *a escala universal*, con una Historia cuyo estancamiento sería tal que la duda se dibujaría como un acontecimiento y la esperanza como una calamidad...

[BP]

## Variaciones sobre la muerte

I. Porque no reposa sobre nada, porque carece hasta de la sombra misma de un argumento, es por lo que perseveramos en la vida. La muerte es demasiado exacta; todas las razones se encuentran de su lado. Misteriosa para nuestros instintos, se dibuja, ante nuestra reflexión, límpida, sin prestigios y sin los falsos atractivos de lo desconocido.

A fuerza de acumular misterios nulos y de monopolizar el sinsentido, la vida inspira más espanto que la muerte: es ella la gran Desconocida.

¿A dónde puede llevar tanto de vacío e incomprensible? Nos aferramos a los días porque el deseo de morir es demasiado lógico, por tanto ineficaz. Porque si la vida tuviese un solo argumento a su favor –distinto, de una evidencia indiscutible–, se aniquilaría; los instintos y los prejuicios se desvanecen al contacto con el Rigor. Todo lo que respira se alimenta de lo inverificable; un suplemento de lógica sería funesto para la existencia, esfuerzo hacia lo Insensato... Dad un fin preciso a la vida: pierde instantáneamente su atractivo. La inexactitud de sus fines la vuelve superior a la muerte; un ápice de precisión la rebajaría a la trivialidad de las tumbas. Pues una ciencia positiva del sentido de la vida despoblaría la Tierra en un día; y ningún frenético lograría reanimar la improbabilidad fecunda del deseo.

II. Se puede clasificar a los hombres siguiendo los criterios más caprichosos: según sus humores, sus inclinaciones, sus sueños o sus glándulas. Se cambia de ideas como de corbatas; pues toda idea, todo criterio viene de lo exterior, de las configuraciones y de los accidentes del tiempo. Pero hay algo que viene de nosotros mismos, que *es* nosotros mismos, una realidad invisible, pero interiormente verificable, una presencia insólita y de siempre, que puede concebirse en todo instante y que no nos atrevemos jamás a admitir, y que no tiene actualidad más que antes de su consumación: es la muerte, el verdadero criterio... Y es ella, la más íntima dimensión de todos los

vivientes. La que separa la humanidad en dos órdenes tan irreductibles, tan alejados el uno del otro, que hay más distancia entre ellos que entre un buitre y un topo, que entre una estrella y un escupitajo. El abismo de dos mundos comunicables se abre entre el hombre que tiene el sentimiento de la muerte y el que no lo tiene; sin embargo, los dos mueren; pero uno ignora su muerte, el otro la sabe; el uno no muere más que un instante, el otro no cesa de morir... Su condición común les coloca precisamente en las antípodas el uno del otro; en los dos extremos y en el interior de una misma definición; inconciliables, sufren el mismo destino... El uno vive como si fuera eterno; el otro piensa continuamente su eternidad y la niega en cada pensamiento.

Nada puede cambiar nuestra vida salvo la insinuación progresiva en nosotros de las fuerzas que la anulan. Ningún principio nuevo le adviene ni de las sorpresas de nuestro crecimiento ni del florecimiento de nuestros dones; le son naturales. Y nada natural sabría hacer de nosotros otra cosa que nosotros mismos.

Todo lo que prefigura la muerte añade una cualidad de novedad a la vida, la modifica y la amplía. La salud la conserva tal cual, en una estéril identidad; mientras que la enfermedad es una actividad, la más intensa que el hombre pueda desplegar, un movimiento frenético y... estacionario, el más rico derroche de energía *sin gestos*, la espera hostil y apasionada de una fulguración irreparable.

III. Contra la obsesión de la muerte, los subterfugios de la esperanza se declaran tan ineficaces como los argumentos de la razón: su insignificancia no hace sino exa-

cerbar el apetito de morir. Para triunfar sobre este apetito no hay más que un solo «método»: vivirlo hasta el fin, sufriendo todas sus delicias y sus espantos, no hacer nada por eludirlos. Una obsesión vivida hasta la saciedad se anula en sus propios excesos. De tanto hacer hincapié sobre el infinito de la muerte, el pensamiento llega a *gastarlo*, a asquearnos de él, negatividad demasiado llena que no ahorra nada y que, más bien que comprometer y disminuir los prestigios de la muerte, nos desvela la inanidad de la vida.

Quien no se ha entregado a las voluptuosidades de la angustia, quien no ha saboreado en el pensamiento los peligros de la propia extinción ni gustado aniquilamientos crueles y dulces, no se curará jamás de la obsesión de la muerte: será atormentado por ella, por haberla resistido; mientras que quien, experto en una disciplina de horror, y meditando en su podredumbre, se ha reducido deliberadamente a cenizas, ése mirará hacia el *pasado* de la muerte y él mismo no será sino *un resucitado que ya no puede vivir*. Su «método» le habrá curado de la vida y de la muerte.

Toda experiencia capital es nefasta: las capas de la existencia carecen de espesor; quien las holla, arqueólogo del corazón y del ser, se encuentra, al final de sus investigaciones, ante profundidades vacías. Echará de menos vanamente el ornato de las apariencias.

Así es como los Misterios antiguos, pretendidas revelaciones de los secretos últimos, han pasado sin legarnos nada en materia de conocimiento. Los iniciados sin duda estaban obligados a no transmitir nada; es, sin embargo, inconcebible que en tan gran número no se haya encon-

trado un solo charlatán; ¿qué hay de más contrario a la naturaleza humana que tal obstinación en el secreto? Lo que ocurre es que no había *secretos*; había ritos y estremecimientos. Una vez apartados los velos, ¿qué podían descubrir sino abismos sin importancia? *No hay iniciación más que a la nada y al ridículo de estar vivo.*

... Y yo sueño con una Eleusis de corazones desengañados, con un Misterio neto, sin dioses y sin la vehemencia de la ilusión.

[BP]

## La soberbia inutilidad

Fuera de los escépticos griegos y de los emperadores romanos de la decadencia, todos los espíritus parecen sometidos a una vocación municipal. Sólo aquéllos se han emancipado, los unos por la duda, los otros por la demencia, de la obsesión insípida de ser útiles. Habiendo promovido lo arbitrario al rango de ejercicio o de vértigo, según que fueran filósofos o retoños estragados de los antiguos conquistadores, no estaban apegados a nada: en este aspecto, evocan a los santos. Pero mientras que éstos no debían derrumbarse jamás, ellos se encontraban a merced de su propio juego, amos y víctimas de sus caprichos, verdaderos solitarios, porque su soledad era estéril. Nadie la ha tomado como ejemplo y ellos mismos no la proponían como tal; de este modo no se comunicaban con sus «semejantes» más que por la ironía o el terror...